



Jacob, Agustín en Tagaste

Carta abierta de Agustín de Hipona

Querido amigo:

La vida humana es una larga cadena de encuentros que nos permiten ir coleccionando nombres en la agenda del alma. Una lista entrañable que, de vez en cuando, repasamos y acariciamos.

Mi nombre es Agustín –más conocido como san Agustín, obispo de Hipona–, pensador, escritor fecundo, hombre inquieto que se propuso vivir deprisa porque la vida es corta cuando uno se siente acompañado por un puñado de sueños. Como no es cosa de que para conocer mi biografía tengas que entrar en el Google, prefiero contarte yo lo que fue la aventura tensa de mi vida.

Te invito a hacer un viaje en la historia y remontarte al siglo IV africano. Todos nacemos envueltos por una geografía y enmarcados en una familia, un paisaje y una tierra. Por eso es obligado que yo te hable de ese continente misterioso, noble y dolorido que es África. A mediados del siglo IV estaba bajo el dominio de Roma. El alma del pueblo africano siempre ha estado hambrienta de independencia y libertad.

Nací en TAGASTE –que ahora se llama Souk Ahras, en la que entonces era la provincia romana de Numidia y hoy pertenece a Argelia, cerca de la frontera con Túnez– el día 13 de noviembre del año 354. Con este carné de identidad en la mano, quiere decir que mi piel era entre gris y morena, según corresponde a un bereber. Hoy me señalarían como un inmigrante.

PATRICIO –mi padre–, MÓNICA –mi madre–, dos hermanos –una hermana y un hermano– y yo, formábamos la foto de familia. Mis padres se querían por encima de sus diferencias. Mónica era de espíritu dulce y enérgico al mismo tiempo, mujer que nunca escondió su fe. Mi padre, más áspero y calculador, no se sentía especialmente atraído por lo religioso. Uno y otro estaban convencidos de que yo era apasionado, agudo e

ingenioso. Total que decidieron enviarme a MADAURA porque las posibilidades de formación eran mayores que en Tagaste. En Madaura se podían cursar estudios superiores. Mi retrato de entonces no correspondía al de un muchacho que se comía los libros y sumiso en todo a los profesores.

Me identificaba, más bien, con ese joven crítico e insatisfecho, muy seguro de sí mismo, que rechaza toda imposición. Y como hijo del suelo africano, con un temperamento impulsivo y ardiente.

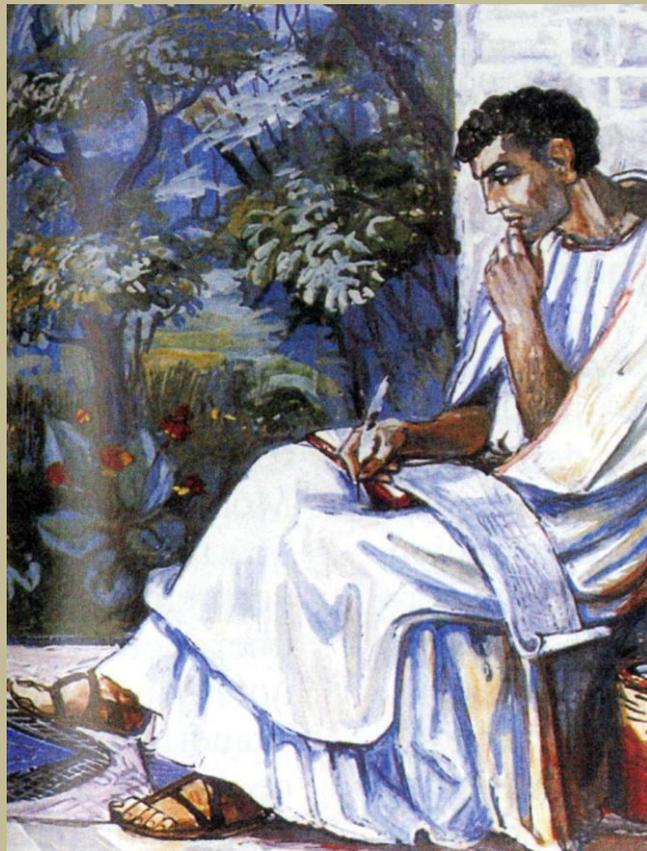
Los hijos de familias acomodadas o los estudiantes más despiertos, concluían su formación en CARTAGO, primera ciudad de África y segunda de todo el imperio romano en competencia con Alejandría. Mis padres hicieron números y, aunque la base de la economía familiar no era otra que la nómina de un modesto funcionario municipal, decidieron que el otoño del 370, cuando yo tenía dieciséis años, viajara a Cartago para entrar en la universidad.

Cartago era sinónimo de esplendor, refinamiento cultural, fiestas que unían el día con la noche –teatro, diversiones... Todo lo que podía deslumbrarme al alcance de la mano. Y te cuento que me propuse probarlo todo.

Mientras mi padre soñaba con tener un hijo orador brillante en los tribunales, mi madre contemplaba preocupada aquellos años en que yo vivía sin freno, como quien rompe todas las ataduras para ensayar el misterio de la libertad. Mi familia quedaba lejos, a más de cien kilómetros, y a mucha mayor distancia los consejos y recomendaciones de mi madre.

Entre los libros que fui leyendo hubo uno de Cicerón que me invitaba a descorrer el velo de la sabiduría y despertó en mí la sed de la verdad. ¿Dónde encontrarlas? Me hablaron de la Biblia y la abrí con curiosidad, pero estaba yo demasiado hinchado de orgullo como para leerla con sosiego y descubrir en ella la verdad que buscaba. Ya entonces existía un bosque de sectas – maniqueos, donatistas... – dirigidas por hombres mitad filósofos mitad predicadores. Como eran de palabra fácil, fui hipnotizado tras ellos algún tiempo. Nada me convencía del todo y, sobrado de dudas, corría ciego de un lugar para otro como el náufrago que bracea sin desmayo para alcanzar la orilla.

Muy pronto comencé a convivir con una mujer. Ya se sabe, un día aparece con fuerza la llamada del



Augustinus im Garten (Lukas Gastl)

amor y el corazón grita como una fiera herida. La unión con mi «pareja de hecho» duró quince años y fuimos padres de un niño precioso. ¡Qué voy a decirte yo de mi hijo que no sea hablarte del estremecimiento de sentir la propia carne florecida! Adeodato –que así se llamaba el pequeño– llenó la casa de risas y balbuceos infantiles. La historia íntima de los seres humanos no cambia. Amar y ser amado era lo más dulce para mí. Orientar el amor es tanto como saber colocar en la dirección adecuada la brújula del viaje más importante. Decir amigo y amor es fácil –como decir árbol, pan o lluvia–, pero tener un amigo o una amiga, amar de verdad, es tanto como gozar y sufrir doblemente.

La aventura inquieta por encontrar la verdad y el sentido de la vida eran dos brasas encendidas que me quemaba por dentro. Llegué a aficionarme a la astrología y los horóscopos, buscando en las ciencias humanas respuestas que saciaran mi curiosidad.

Volví a Tagaste con mi título universitario bajo el brazo, una mujer y un hijo. A pesar de tener tanto, no era feliz. Además tuve que hacer con un amigo íntimo la travesía del dolor hasta su inesperada muerte. ¡Vaya golpe! La muerte rompió una vida en dos mitades, un aliento compartido. Sólo me veía rodeado de angustia y soledad. ¿Cómo entender que alguien muera cuando está comenzando a vivir? Con él desaparecía parte de mi vida porque habíamos crecido juntos. El mundo aparecía más deshabitado y frío.

De Tagaste otra vez a Cartago para borrar recuerdos amargos, reencontrarme con amigos de los tiempos de estudiante y dedicarme al estudio. A pesar de frecuentar tertulias filosóficas y escuchar a unos y otros maestros, me veía metido en un túnel interminable. Estaba hecho un lío, andaba como un peregrino sin rumbo y veía muy lejanas la luz y la felicidad.



Sandro Boticelli, *San Agustín*

Algunos amigos me aconsejaron que viajara a ROMA porque allí podría dar algunas clases y los jóvenes romanos eran más disciplinados y responsables que los cartagineses. De eso nada; ayer, hoy y siempre hay quienes se sientan en el pupitre con desgana a la espera de que termine la clase. Sólo los muy desmemoriados no recuerdan que la juventud de todos los tiempos es como un volcán incontrolado.

No te había dicho que mi salud nunca fue de hierro y que en Roma estuve seriamente enfermo. Mi madre continuaba rezando por mí y eso de que yo no aceptara la fe cristiana era una puñalada afilada que llevaba en las entrañas.

Un día me enteré de que en MILÁN estaba vacante una cátedra de retórica y allí fui con mi madre Mónica, la madre de mi hijo y Adeodato. El obispo de Milán –Ambrosio– era un hombre prudente y sabio que había

estudiado filosofía, derecho e historia. Me atraía, sin embargo, más su personalidad que su amplia cultura. Dios ya se había cruzado en mi camino y estaba llamando a las puertas de mi alma. Me costaba dar el paso definitivo y parecía que cada mañana mi oración fuera, *ahora voy, pero espera un poco*. Dios me había esperado treinta y dos años y ahora lo sentía a mi lado, dispuesto a ayudarme a limpiar a fondo el corazón, romper las cadenas del pasado y borrar las cenizas de una noche tan larga. No fui yo quien se convirtió, fue Dios quien me regaló un corazón nuevo, una paz interior grande y una luz potente que rompió la niebla de mis dudas.

El 25 de abril del año 387, en la noche de Pascua, recibí el bautismo de manos del obispo Ambrosio, acompañado de algunos amigos y de mi hijo. Con la mujer compañera de mi juventud ya había roto. No fue fácil porque, si el amor es verdadero, tiene vocación de eternidad, nada tiene que ver con una sombra fugitiva y tampoco se puede sepultar de un día para otro.

Este mismo año 387 murió mi madre Mónica en Ostia, antes de finalizar agosto. Lo relato así en mi libro *Confesiones*: «A los cincuenta y seis años de edad y treinta y tres de la mía, aquella alma fiel y piadosa quedó liberada de su cuerpo». Había llorado mucho por mí y ahora era yo quien le regalaba la oración y las lágrimas.

Embarqué para África –donde tenía mis raíces– acompañado de Adeodato y con la idea de fundar un monasterio y dedicarme al estudio de la Biblia y a escribir algunos libros. En este tiempo, la muerte entró en mi casa y se llevó a mi hijo de repente. Otra vez, y a destiempo, la visita terca de la muerte sin fijarse en la cifra de los años. En poco tiempo había heredado el último suspiro de mi madre y veía ahora convertida en tierra la carne de mi hijo. Yo, que quería vivir del todo, sentir la vida plenamente, me sentía huérfano y desarmado ante el destino. Dios cubrió mi soledad con el paño de oro de la esperanza para que pudiera salir de aquel abismo.

Años más tarde, recibí la llamada de un funcionario de HIPONA que quería conocerme. Hipona se llama hoy Annaba o Bona. Como en el resto de las ciudades romanas del norte de África, allí se hablaba el latín.

El obispo de la ciudad era anciano y de origen griego. Un día el obispo comentaba a los fieles la conveniencia de ordenar un sacerdote que conociera el latín y el pueblo comenzó a apuntarme con el dedo y citar mi nombre en voz alta, porque sabían que había sido catedrático en Cartago, Roma y Milán. Rompí a llorar porque, de verdad, yo nunca había pensado en ser sacerdote. El obispo Valerio, por el contrario, aprobó la decisión de la asamblea porque se veía aliviado en el trabajo, sobre todo en la predicación. El año 391 fui ordenado sacerdote. Nos fuimos conociendo mutuamente el obispo y yo, y, poco tiempo después, no dudó en escribir al Primado de Cartago para que me nombrara obispo auxiliar de Hipona. Consiguió su propósito y el año 395 fui consagrado obispo. Mis planes eran otros, desde luego, pero la conversión había sido como firmar un talón en blanco al servicio de Dios y de los demás.

¿Cuáles fueron mis ocupaciones de obispo? Tuve una agenda muy llena y mi vida – desde los primeros años, como ya has podido ver– tuvo un argumento muy denso. Estudio, predicación y diálogo con los fieles de Hipona –que principalmente se dedicaban a la agricultura, la pesca y el comercio–, problemas con algunos maestros vendedores de engaños que utilizaban la violencia para imponer sus doctrinas, atención a los monjes de los monasterios que yo había fundado...La Iglesia de África estaba dividida y eran frecuentes los enfrentamientos entre los miembros de las sectas de los maniqueos, arrianos, donatistas y pelagianos con los católicos. No voy a calentarte la cabeza explicando qué defendía cada grupo. De noche, a la luz de una lámpara de aceite, me sentaba a la mesa para despachar cartas, preparar la intervención en alguna asamblea de obispos o retomar el código del libro que estaba escribiendo. Quise dedicar mi tiempo a servir a la Iglesia, nuestra madre, y pregonar sin descanso el perdón y la misericordia de un Dios Padre que no sabe de venganzas y rencores.



Álvarez de Sotomayor, *San Agustín y Santa Mónica*. Colegio Valdeluz-Madrid

En agosto del año 410, las tropas de Alarico saquearon la ciudad de Roma durante seis días. Aquel imperio casi sin límites se venía abajo y con él sus templos y sus muros levantados a fuerza de siglos y de esclavos. Más tarde, el 429, los bárbaros pasaron de España a África dejando en todas partes la huella de la destrucción. Nada se podía hacer para frenar aquellas turbas que sembraban la crueldad y la miseria. Escribí entonces: «Habéis de saber que yo, en este tiempo de angustia, pido a Dios, o que libre a la ciudad del cerco de los enemigos, o, si es otro su deseo, dé fortaleza a sus siervos para cumplir su voluntad, o me arrebaté a mí de este mundo para llevarme consigo».

Se derrumbaba el imperio romano y también la arquitectura de mi cuerpo. El 28 de agosto del 430, con los vándalos mandados por Genserico a las puertas de Hipona, me llegó la hora de la muerte. Crucé entonces el puente de la verdad buscada a la verdad encontrada, de la felicidad ensayada a la felicidad y el amor disfrutados plenamente.

Disculpa si te he cansado con tantas palabras, a veces repetidas. Te he hablado a corazón abierto. Esta es mi vida real, por más que tenga ribetes de novela. Dicen que, a pesar del tiempo, es, en muchas cosas, parecida a la tuya. Han pasado dieciséis siglos, pero la radiografía de la existencia humana es la misma y nuestro mundo interior es un puñado de sentimientos y deseos, de inquietudes y de cansancios, de generosidad y egoísmo. No me avergüenzo de confesar sin rubor mi condición humana que, ya sabes, es frágil, de arcilla leve.

Algunos me recuerdan como un gran pensador o el autor de frases sonoras y sugerentes. Es verdad que sentí una gran pasión por el estudio pero, en confianza, sobre todo amé, amé mucho y sin descanso. Siempre encontré gente por los pasillos de mi corazón y Dios me amó de forma exagerada.



Benozzo Gozzoli, *San Agustín entrega la Regla* (detalle). Iglesia de Sant' Agostino – San Gimignano

Tengo que terminar, pero antes me siento obligado a decirte que llevamos el tesoro de la luz y la verdad dentro de nosotros. Que estamos habitados por un Dios maestro interior que nos habla en la habitación del corazón, que tienes que bucear en tu propio pozo y escucharte a ti mismo, ser caminante que busca la verdad, constructor de paz y de justicia... Todo, menos una vida de aburrimiento y dispersión, desparramándote como un río sin cauce.

Dedica unos minutos cada día a hablar contigo mismo y escuchar el rumor de tu propia vida. No pases de largo ante tus titubeos y preguntas. Ten también paciencia en tus noches. Las estrellas sólo se descubren cuando se es constante en mirar el cielo.

Ya me conoces un poco. Lo más importante en la vida de los santos no es ni su vida ni sus escritos. Somos hombres y mujeres muy poco originales; el original y el modelo fue Jesucristo, nosotros sólo quisimos ser una modesta y temblorosa reproducción, una pálida luz en el oscuro callejón de la historia. Dios transformó el barro humilde de mi vida en un corazón enamorado que vivió asomado al infinito.

Tuyo, amigo.

AGUSTÍN